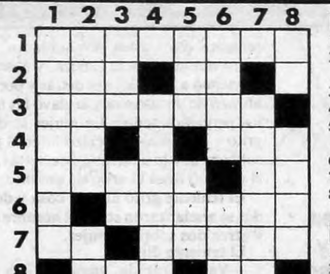
Con censura 26

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Barbitúrico, droga que produce sueño.
2. Bebida que se prepara con zumo de la uva. / Nota musical.
3. Cuarto, habitación de una casa.
4. Río de Alemania / Alga filamentosa, comestible.
5. Respirar haciendo un ruido sordo mientras se duerme. / Conjunción latina que equivale a "y".
6. Padre del padre o de la madre.
7. Apócope de "suyo". / Eches anís a una bebida.
8. Sacerdote judío ante quien compareció Jesús. / Nosotros.

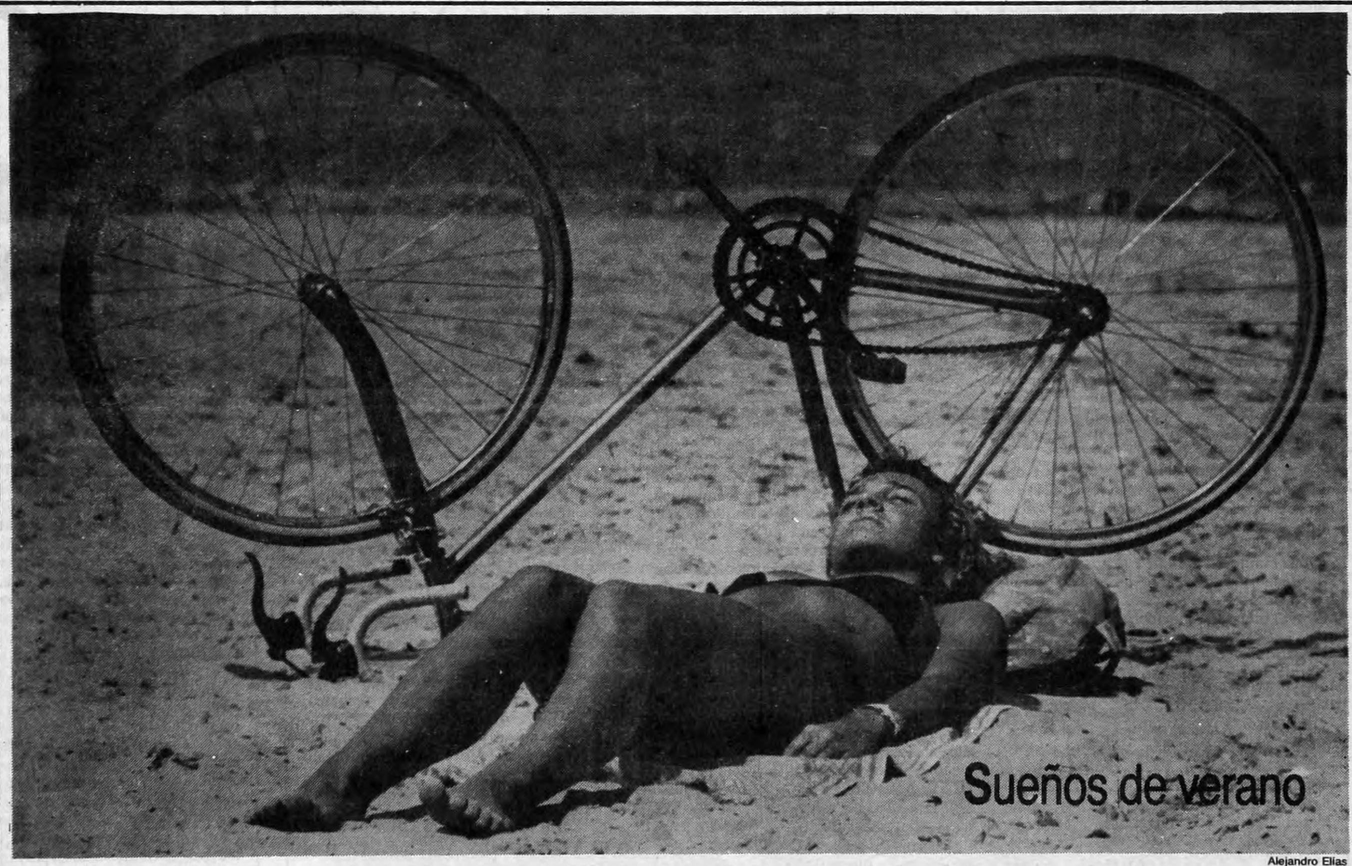
VERTICALES

1. Naturales de Navarra.
2. Piedra pequeña usada para pavimentar. / Junte, alíe.
3. Cúspide de un volcán. / Perro.
4. Curabas, superabas una enfermedad.
5. Convoy. / Bajo, vil.
6. Hijo del hijo de uno. / Centauro muerto a manos de Hércules.
7. Novatos, principiantes.
8. Noveno. / De nacimiento, pl.

SOLUCION 25

Letra censurada: La R.
Horizontales: 1) Carrera / Rica. 2) Oropel / Rol. 3) Ron / Un. 4) Hornos / Sb. 5) Roces / Vera. 6) Ortiga. 7) Oral / Ut. 8) Negocio.
Verticales: 1) Corcho. 2) Aro / Rocían. 3) Repone / Le. 4) Arenoso. 5) Tiro. 6) Vi. 7) Conseguían. 8) Al / Barato.

Verano/12



Sueños de verano

Alejandro Elías

CICLISTA HACIA EL SUR

(Por Miguel Briante) Salió del kilómetro cero a las 00.00 a.m. del lunes primero. Solo, sin camioneta de apoyo ni rueda de auxilio. Eran un esqueleto inclinado sobre otro esqueleto —él con su jogging azul, la bicicleta pelada, alivianada en todo lo que se pudo— cuando los vieron pegar la última curva de la ruta que sale de Villa Maciel, para encarar, allá adelante La Plata, y después las playas, la fama. Ahora no recuerda bien los detalles, los pueblos, las caras, pero rescata, clarito, el momento que decidió su destino: está parado, con un pie en el suelo y el otro en un pedal, con las manos en la cruz del manubrio, en el cruce de la 29 con la 2, y vacila entre darle derecho a Mar del Plata o tirarse al camino de la Costa. Horas después —siempre a ese promedio de velocidad fijado de antemano: 25/30 kilómetros por hora, apretando en las bajadas, parejo siempre para no fundirse—, en San Clemente, pudo creer que había estado acertado. La gente del pueblo, y algunos turistas, le hicieron preguntas y lo llevaron a la radio local, por cable. Dijo que estaba dispuesto a llegar pedaleando, por el camino de la costa, hasta Viedma. Ahí ya se imaginó su llegada a Mar del Plata, la entrevista con Mateiko para *Cordialmente*, la gloria. Pensó en un premio especial otorgado por la Secretaría de Turismo y de Deportes. "Yo amo a mi país", tenía escrito en la musculosa, a la espalda. Así leyeron los parroquianos del bar de San Bernardo donde fue a comer algo después del reportaje. También pudieron ver, junto con él, el ciclista, esa nota especial del informativo de Canal 11, en su edición del mediodía. Se vio, frente a la casa de Gobierno, un hombre de unos cuarenta años, subido a una *Legnano* con todos los chiches. *"Dos veces campeón olímpico, ganador de la Doble Bragado, finalista en los últimos Seis días, Héctor Bevilacqua, un joven veterano, partirá ahora, siendo las siete de la mañana, en un raid de lobo solitario, en bicicleta, para llegar en una primera etapa a Mar del Plata, y después a Bahía Blanca y luego a Viedma, en un símbolo de su fe en el futuro del país". "Yo amo a mi patria"*, alcancó a decir el hombre entrevistado y arrancó. La cámara mostró la camioneta que lo seguía, con los auxilios, a pocos pasos. *"Ese hijo de puta* —pensó el ciclista—, *seguro que va por la ruta 2. Que se joda. Si no entra a los pueblos, nadie le va a dar pelota"*.

Pero en el bar ya nadie lo miraba y al tiempo, cuando entró a San Bernardo otro noticioso, en otro bar, mostraba a Héctor Bevilacqua, llegando al arco de entrada de Chascomús; una multitud que lo coreaba había estado esperándolo.

Desde ese momento, ya no dormiría. Pidió un mapa, unió con un palito San Bernardo con Chascomús y se preguntó dónde habían quedado las siete horas de ventaja que le llevaba a Bevilacqua. Cambió el plan de marcha: metió una caja entera de cafiaspirinas que se diluyeron con el jugo de naranja, y subió cuestas y entró fuerte en las curvas con la cabeza puesta en Pinamar, donde tuvo otra desilusión: a los bacanes no les importaba para nada un hombre en bicicleta. Pero en *La Razón* de la tarde alcanzó a leer que Bevilacqua estaría llegando, a esa hora, el crepúsculo, a Las Armas. *"Paralelos y juntos* —pensó—, *la camioneta lo va chupando"*. También pensó: *"En algún momento tendrá que descansar"*. Así que se puso en la cabeza Mar del Plata, y a veces parecía dormirse, curvado sobre el manubrio. Llegó a Mar del Plata un día a eso de las once. Fue derecho a buscar a los de la televisión. Le hicieron dos preguntas pero en ese momento alguien, de producción, dijo que el ciclista Bevilacqua estaba entrando por el lado de Camet, que estuvieran preparados. Pensó en La Negra, allá en el Asentamiento, prendida como todos al televisor de la Asociación Vecinal. Decidió aprovechar el tiempo que iba a perder Bevilacqua con los de la tevé, y arrancó decidido.

No recuerda el tiempo, los días. Sabe que hace un rato —en el mediodía— entró a la calle principal de Bahía Blanca. Dando vuelta a la plaza, frente a la Municipalidad, había una multitud y ya se notaban las cámaras. Se sacó el buzo, sin dejar de pedalear, dejando al descubierto la leyenda: *"Yo amo a mi patria"*. Encaró la multitud, las luces.

La multitud se abrió silenciosa, a su paso, como sin verlo, y las luces se apagaron por un momento. Siguió pedaleando hasta que escuchó, llegando a la esquina, grandes gritos de celebración. Se dio vuelta: las luces se habían prendido y todos gritaban el nombre de Bevilacqua. Corrían los fotógrafos.

Sentado en el cordón, piensa en Viedma. Empieza el frío, en el Sur.



LA CEREMONIA

Por Eric Nepomuceno

El autor de este texto reside en Río de Janeiro, es periodista y escritor. Los lectores argentinos lo recuerdan por sus notas que aparecían en la primera época de la revista *Crisis*. Este relato, inédito en la Argentina, apareció en el número de *Casa de las Américas* dedicado a la literatura latinoamericana.

Había un muro amarillento de pintura descascarada. Había manchas verdosas junto al suelo, al pie del muro, y era alto el pasto junto al suelo y, cuando llovía se empozaba el agua contra el muro. Detrás del muro había un patio de tierra removida y al fondo, donde alguna vez existió la continuación del muro o quizás otro muro, ahora todo lo que había eran pedazos de ruina. Al fondo, junto a esos pedazos de ruina, había también un caserón sin ventanas y con techo de tejas sueltas y rotas. El caserón también era amarillento.

El camino que llevaba al muro del frente era sinuoso colina arriba. Era un camino estrecho, de tierra, con pasto alto en los bordes.

Era mayo y poco faltaba para el comienzo de las lluvias. Las mañanas parecían amanecer más temprano y el camino colina arriba, que llevaba al muro y al caserón, amanecía mojado y el pasto de sus márgenes escurría agua al amanecer.

Eramos doce subiendo la colina por el estrecho camino de tierra. Eramos un grupo silencioso y nuestra respiración despedía pequeñas nubes de humo mientras caminábamos con prisa. Caminábamos en fila y nadie decía nada. Eran cuatro los soldados que abrían la fila y cuatro los soldados que cerraban la fila. Dos soldados llevaban metralletas. Los otros llevaban fusiles. Eran personas nerviosas como nosotros, en aquel amanecer. Eramos jóvenes, los tres, y acompañábamos a los ocho soldados, tensos los músculos y los nervios.

Demoramos diez minutos en subir desde el asfalto, donde nos había dejado la camioneta, hasta la mitad de la colina.

Había una cuarta persona, además de nosotros tres y de los ocho soldados: era un hombre flaco y de piel quemada por el sol y sus manos estaban atadas, los brazos cruzados a la espalda, y estaba descalzo y caminaba mirando el suelo.

Cuando paramos en medio de la subida, me miró por primera vez, pero era una mirada vacía, como si atravesara mi rostro y continuase por la campiña mojada de rocío, colina abajo primero, colina arriba después.

Fue mínima la parada. Era gordo el soldado que abría la fila. Fue él quien hizo un gesto con la mano para que nos detuviéramos y miró al muro. Debe haber visto algo que yo no vi. En seguida, y siempre sin decir palabra, indicó, con gesto corto y rápido de su mano izquierda, que había que continuar.

El resto fue rápido.

Bordeamos el muro y pisó un fangal el hombre cuyos brazos cruzados estaban atados a la espalda. El iba delante de mí. Conseguí evitar el fangal. Bordeamos el muro y entramos en un terreno que alguna vez fue el patio de un antiguo caserón de hacienda. Había amanecido un poco más y del caserón salieron cinco soldados. Uno de ellos sonrió y volvió a meterse en el caserón, de donde salió acompañado por un sargento y por un teniente. Era joven el teniente, y tenía bigotes finos y usaba lentes negros.

Lo que me impresionaba era el silencio: gestos mudos dirigían aquel extraño concierto.

Todos miraban al hombre de las manos atadas y entonces el teniente hizo otro gesto y nosotros tres nos apartamos del grupo. El teniente nos llevó junto al muro y encendió un cigarro sin filtro. Y fue entonces que escuché las primeras palabras en un tiempo que me parecía de siglos:

—Hay que esperar un poco más. Solamente un poco. La otra patrulla está llegando con los otros. Acabamos rápido, no se preocupen. Después bajamos. No podemos demorar. Aquí es peligroso.

Nos quedamos los tres distantes, en un rincón del terreno, y el teniente se incorporó al grupo de soldados.

Era todavía amanecer, un amanecer que no se decidía a amanecer, cuando escuchamos ruidos en el pasto.

Hubo un súbito alboroto entre los soldados, que se desparramaron por el terreno buscando la protección del muro y de las ruinas, y por un instante el hombre con las manos atadas quedó solo al frente del caserón, y parecía más abandonado que nunca.

Por el lado de las ruinas surgió otro grupo, otros diez soldados, y entre ellos había una mujer, también con los brazos atados por detrás, y un joven flaco que renqueaba al caminar, y tres niños. El menor de los niños debía tener unos seis años. El mayor, unos diez.

Vi cuando el sargento se rascó la oreja derecha y entendí que era un gesto de irritación. El teniente caminó rápido para hablar con los soldados que llegaban. Conversó con uno. Después el teniente se nos acercó y habló mirando extrañamente por encima de nuestras cabezas:

—Hubo un imprevisto. Hubo que traer los niños. Las órdenes son claras; no traer niños. No hubo más remedio.

Volvió al segundo grupo y todos los soldados estaban a su alrededor. En seguida, entraron todos los del segundo grupo, junto al teniente, en el caserón.

El hombre descalzo, la mujer, el muchacho que renqueaba y los tres niños quedaron en medio del terreno, frente a la casa.

Fue entonces que el hombre descalzo me miró por segunda vez. No dijo nada. Uno de los niños se quejó. La mujer dijo: "Quieto, Pedro, quieto". Parecían terriblemente calmos, el hombre, la mujer y el muchacho que renqueaba. Los niños estaban callados.

Del caserón salió primero el teniente. En seguida salieron el sargento y cuatro soldados. Separaron a la mujer y a los niños, que fueron llevados hacia la pared del caserón, al lado de lo que algún día había sido una puerta. Entonces, vi el rosto de la mujer. Era un rostro joven, increíblemente joven.

Ella miraba al hombre flaco y descalzo. Uno de los niños, el mayor, comenzó a llorar en silencio. El teniente hizo un gesto áspero con la cabeza pero el niño continuó su llanto mudo.

El sargento y uno de los soldados fueron a hablar con el hombre descalzo y con el muchacho que renqueaba. Hablaban en voz baja y el sargento gesticulaba mucho. Desde donde estábamos, no oíamos nada. El hombre descalzo no abría la boca, apenas si miraba al sargento. El sargento hizo un gesto con una mano y el soldado trajo a la mujer, a los empujones, cerca del hombre descalzo.

El sargento gesticuló y habló. El hombre descalzo siguió callado. El sargento hizo otro gesto y de la puerta del caserón salió otro soldado, que se acercó a los niños.

El soldado no tenía más de quince años y a la distancia advertí como un aire de casi afecto en aquel brazo que empujaba a los niños adentro del caserón. El niño mayor lloró ahora en alta voz, y el soldado joven le acarició los cabellos, calmándolo, y desaparecieron dentro del caserón.

Cuando los tres niños ya estaban adentro, el sargento habló nuevamente con el hombre flaco y descalzo. De repente, pegó una rápida patada en las rodillas del muchacho renco, y el muchacho quiso protegerse, como si sus manos estuvieran libres, y perdió el equilibrio y cayó.

El muchacho intentaba levantarse cuando el sargento, de un solo manotazo, abrió en dos el vestido de la mujer. El hombre descalzo no quitó los ojos del rostro del sargento ni por un instante.

El sargento miraba con furia y no decía nada. El teniente, que contemplaba todo a distancia, se acercó. La mujer, indefensa, intentaba encoger el cuerpo, los brazos atados a la espalda, para proteger sus pequeños senos desnudos. El teniente dijo alguna cosa al oído del hombre descalzo.

El muchacho consiguió por fin levantarse y quiso cubrir el cuerpo de la mujer desamparado de la cintura para arriba, y entonces el sargento le dio un empellón y lo derribó otra vez.

El teniente continuaba hablando al oído del hombre descalzo, que miraba al muro. El teniente miró a los dos soldados, hizo un gesto mínimo con la cabeza, y el soldado se aproximó a la mujer por detrás y por detrás la abrazó de un zarpazo y le clavó las manos en los pequeños senos. La mujer se debatió y gritó y el hombre descalzo intentó patear al soldado que la agarraba por detrás, y desde el caserón llegó el grito de un niño.

El teniente gritó alguna cosa y dos soldados se abalanzaron sobre el hombre descalzo y otros dos sobre la mujer.

El teniente dijo:

—Vamos, rápido, vamos de una vez.

Nosotros tres no nos movimos ni dijimos nada. Ni siquiera nos miramos.

Fue todo muy rápido. El hombre descalzo y el muchacho que renqueaba fueron vendados y llevados junto al muro. En ese instante la mujer empezó a gritar y uno de los soldados le tapó la boca con un pedazo de paño marrón, mientras otro se metía dentro del caserón para callar a los niños que también gritaban.

Cuando el hombre descalzo y el muchacho que renqueaba fueron colocados junto al muro, un soldado les cerró las bocas con tiras de paño blanco y después les quitó las vendas de los ojos. El hombre descalzo y el muchacho que renqueaba pudieron ver lo mismo que nosotros estábamos viendo: cómo arrastraban a la mujer al medio del patio. El hombre descalzo lloraba en silencio mientras el sargento penetraba a la mujer. Desde el muro, el muchacho que renqueaba volvió el rostro al suelo.

Cuando salió de la mujer, el sargento sonreía. En el suelo, la mujer todavía intentaba protegerse, la boca cubierta por el trapo marrón, las manos atadas a la espalda. Un soldado la levantó por la cintura, le arrancó los restos de la ropa y la penetró por atrás.

Nosotros tres continuábamos en silencio, pero cuando el soldado levantó a la mujer por la cintura y la penetró por atrás, yo volví el rostro al caserón y sentí que iba a vomitar.

La mujer fue colocada de bruces en el piso y entonces el teniente, que había quedado parado con las manos en la cintura y las piernas abiertas, hizo un gesto de impaciencia y nueve soldados formaron fila frente al muro.

La mujer fue arrastrada, desnuda, junto al hombre descalzo. Alguien la levantó, apoyó su cuerpo contra el muro. Ella temblaba y lloraba y agitaba la cabeza. El hombre descalzo estaba quieto. El cuerpo desnudo de la mujer se escurrió y se sentó sobre el suelo de tierra. Dos de los soldados salieron de la fila y volvieron a levantarla. Entonces ella quedó parada, al lado del hombre descalzo que miraba al frente. El teniente levantó la mano y de repente la mano bajó. Nueve estruendos sonaron como uno.

Los cuerpos quedaron junto al muro. El cuerpo del hombre descalzo se agitó un instante. El cuerpo de la mujer quedó doblado hacia adelante. El sargento se acercó y apoyó su pistola en la nuca del hombre descalzo, pero no disparó. Nunca entendí por qué diablos no disparó. Tocó con la punta de la bota el cuerpo de la joven, que se desplomó de lado.

El teniente nos dijo: "Ahora vámonos, rápido".

Pregunté por los niños. El teniente dijo:

—Después, después. Ahora vaya, bajen rápido.

Uno de mis compañeros insistió:

—¿Y los niños? ¿Qué van hacer con los niños?

El teniente dijo:

—Para ustedes tres, acabó. Esto va a ponerse feo. Ustedes, váyanse. Ya, ya, ya.

Mi compañero, el que había insistido, dijo:

—No acabó, no. Quiero saber de los niños.

Mi compañero se quedó, mientras nosotros dos bajábamos por el camino, acompañados por cuatro soldados. No hablamos nada, mientras bajábamos rápidamente hacia el asfalto donde estaba esperándonos la camioneta.

Esa misma noche, en el hotel, mi compañero nos contó el final de la ceremonia: el menor de los niños había recibido un tiro en la frente; los otros dos, un tiro en la nuca.

El menor de los niños cayó para atrás, los brazos abiertos. El niño que se llamaba Pedro se despidió de los soldados cuando el sargento se acercó con la pistola. Esta vez, el sargento disparó.

Pedro le había dicho al soldado joven:

—Dile que no, dile que no.

Y cuando vio que el sargento apoyaba la pistola en su nuca, dijo apenas:

—Hasta luego.

(1982)

Traducido del portugués por Eduardo Galeano

DAL MASET
POR DOS



EPITAFIO P
Y SU DOMA

El Gato era un tipo taciturno. Le gu
taba comer, tomarse algunas b
tellas en compañía y de vez en cua
do montarse a alguna gatita ruidos
Era descuidado, tenía aspecto hosco y cor
zón blando. Despertaba afecto en algunos
desconfianza en la mayoría. Había andad
bastante por la vida como para saber que n
hay nada que no se logre con un poco de v
luntad. Pero se ahorraba el trabajo porq
pocas cosas le interesaban realmente. Y si d
vez en cuando se encontraba ante la posibil
dad de una empresa cualquiera, inmediat
mente se imaginaba a sí mismo al cabo d
triunfo, se veía mirando alrededor y dicién
dose que nada había cambiado, así que dab
el esfuerzo por hecho y se limitaba a soñar

Era un vago por vocación. Cualquiera s
podía dar cuenta. De todos modos, sin pr
ponérselo, se había forjado un estilo y un
personalidad. Y lo que él hubiese calificad
como abulia, indiferencia y fundamental
mente un no saber qué hacer con la vida qu
le había tocado vivir, se revelaba a los ojos d
los demás como una curiosa y a menudo in
teresante actitud existencial. También habí
tozudez, salvajismo, libertad. Todas cosa
inútiles, pero que eran su savia y salvación

Algo de eso debió ver la Domadora al co
nocerlo. Era experta en su oficio y le gustó e
tácito desafío que significaba el enfrenta
miento con el Gato. En cuanto a él, cuand
la vio aparecer, hermosa, altiva, látigo e
mano (así la vio o la imaginó), sintió que se l
renovaba la sangre. Por primera vez se en
contró ante un escollo y un estímulo. Una so
la mirada les bastó a ambos para saber
quién tenían enfrente. Y ahí nomás se dedi
caron a la lenta y firme tarea de destrozars
mutuamente.

Fue una relación turbulenta. Hubo ternu
ras y violencias sin cuartel. Se amaron y s
golpearon todas las veces que pudieron. Ro
daron y se levantaron, se humillaron, cual
quier sitio era bueno. Y cada vez sacaron
relucir alguna nueva arma escondida, cad
vez hirieron con más precisión y destreza
Así que pronto creyeron advertir que n
podrían prescindir el uno del otro. Se conven
cieron de que en el mundo no había nada me
jor que ese Gato para esa Domadora, ni na
da mejor que esa Domadora para ese Gato
Lo creyeron, lo afirmaron y lo defendieron
Anduvieron de sur a norte y de norte a sur, s
separaron y volvieron a juntarse. Y en es
torbellino de días y noches, supieron que pe
se a las distancias, en las ciudades, en la
multitudes, había una sola figura que, cad
uno por su lado, reconocía como insusti
tuible.

Pero esa unión sólo podía durar mientra
ella se esmerase en su oficio de domar y él s

LA CEREMONIA

Por Eric Nepomuceno

El autor de este texto reside en Río de Janeiro, es periodista y escritor. Los lectores argentinos lo recuerdan por sus notas que aparecían en la primera época de la revista *Crisis*. Este relato, inédito en la Argentina, apareció en el número de *Casa de las Américas* dedicado a la literatura latinoamericana.

Había un muro amarillento de pintura descascarada. Había manchas verdosas junto al suelo, al pie del muro, y era alto el pasto junto al suelo y, cuando llovía se empozaba el agua contra el muro. Detrás del muro había un patio de tierra removida y al fondo, donde alguna vez existió la continuación del muro o quizás otro muro, ahora todo lo que había eran pedazos de ruina. Al fondo, junto a esos pedazos de ruina, había también un caserón sin ventanas y con techo de tejas sueltas y rotas. El caserón también era amarillento.

El camino que llevaba al muro del frente era sinuoso colina arriba. Era un camino estrecho, de tierra, con pasto alto en los bordes.

Era mayo y poco faltaba para el comienzo de las lluvias. Las mañanas parecían amanecer más temprano y el camino colina arriba, que llevaba al muro y al caserón, amanecía mojado y el pasto de sus márgenes escurría agua al amanecer.

Eramos doce subiendo la colina por el estrecho camino de tierra. Eramos un grupo silencioso y nuestra respiración despedía pequeñas nubes de humo mientras caminábamos con prisa. Caminábamos en fila y nadie decía nada. Eran cuatro los soldados que abrían la fila y cuatro los soldados que cerraban la fila. Dos soldados llevaban metralletas. Los otros llevaban fusiles. Eran personas nerviosas como nosotros, en aquel amanecer. Eramos jóvenes, los tres, y acompañábamos a los ocho soldados, tensos los músculos y los nervios.

Demoramos diez minutos en subir desde el asfalto, donde nos había dejado la camioneta, hasta la mitad de la colina.

Había una cuarta persona, además de nosotros tres y de los ocho soldados: era un hombre flaco y de piel quemada por el sol y sus manos estaban atadas, los brazos cruzados a la espalda, y estaba descalzo y caminaba mirando el suelo.

Cuando paramos en medio de la subida, me miró por primera vez, pero era una mirada vacía, como si atravesara mi rostro y continuase por la campiña mojada de rocío, colina abajo primero, colina arriba después.

Fue mínima la parada. Era gordo el soldado que abría la fila. Fue él quien hizo un gesto con la mano para que nos detuviéramos y miró al muro. Debe haber visto algo que yo no vi. En seguida, y siempre sin decir palabra, indicó, con gesto corto y rápido de su mano izquierda, que había que continuar.

El resto fue rápido.

Bordeamos el muro y pisó un fangal el hombre cuyos brazos cruzados estaban atados a la espalda. El iba delante de mí. Conseguí evitar el fangal. Bordeamos el muro y entramos en un terreno que alguna vez fue el patio de un antiguo caserón de hacienda. Había amanecido un poco más y del caserón salieron cinco soldados. Uno de ellos sonrió y volvió a meterse en el caserón, de donde salió acompañado por un sargento y por un teniente. Era joven el teniente, y tenía bigotes finos y usaba lentes negros.

Lo que me impresionaba era el silencio: gestos mudos dirigían aquel extraño concierto.

Todos miraban al hombre de las manos atadas y entonces el teniente hizo otro gesto y nosotros tres nos apartamos del grupo. El teniente nos llevó junto al muro y encendió un cigarro sin filtro. Y fue entonces que escuché las primeras palabras en un tiempo que me parecía de siglos:

—Hay que esperar un poco más. Solamente un poco. La otra patrulla está llegando con los otros. Acabamos rápido, no se preocupen. Después bajamos. No podemos demorar. Aquí es peligroso.

Nos quedamos los tres distantes, en un rincón del terreno, y el teniente se incorporó al grupo de soldados.

Era todavía amanecer, un amanecer que no se decidía a amanecer, cuando escuchamos ruidos en el pasto.

Hubo un súbito alboroto entre los soldados, que se desparramaron por el terreno buscando la protección del muro y de las ruinas, y por un instante el hombre con las manos atadas quedó solo al frente del caserón, y parecía más abandonado que nunca.

Por el lado de las ruinas surgió otro grupo, otros diez soldados, y entre ellos había una mujer, también con los brazos atados por detrás, y un joven flaco que renqueaba al caminar, y tres niños. El menor de los niños debía tener unos seis años. El mayor, unos diez.

Vi cuando el sargento se rascó la oreja derecha y entendí que era un gesto de irritación. El teniente caminó rápido para hablar con los soldados que llegaban. Conversó con uno. Después el teniente se nos acercó y habló mirando extrañamente por encima de nuestras cabezas:

—Hubo un imprevisto. Hubo que traer los niños. Las órdenes son claras; no traer niños. No hubo más remedio.

Volvió al segundo grupo y todos los soldados estaban a su alrededor. En seguida, entraron todos los del segundo grupo, junto al teniente, en el caserón.

El hombre descalzo, la mujer, el muchacho que renqueaba y los tres niños quedaron en medio del terreno, frente a la casa.

Fue entonces que el hombre descalzo me miró por segunda vez. No dijo nada. Uno de los niños se quejó. La mujer dijo: "Quieto, Pedro, quieto". Parecían terriblemente calmos, el hombre, la mujer y el muchacho que renqueaba. Los niños estaban callados.

Del caserón salió primero el teniente. En seguida salieron el sargento y cuatro soldados. Separaron a la mujer y a los niños, que fueron llevados hacia la pared del caserón, al lado de lo que algún día había sido una puerta. Entonces, vi el rostro de la mujer. Era un rostro joven, increíblemente joven.

Ella miraba al hombre flaco y descalzo. Uno de los niños, el mayor, comenzó a llorar en silencio. El teniente hizo un gesto áspero con la cabeza pero el niño continuó su llanto mudo.

El sargento y uno de los soldados fueron a hablar con el hombre descalzo y con el muchacho que renqueaba. Hablaban en voz baja y el sargento gesticulaba mucho. Desde donde estábamos, no oíamos nada. El hombre descalzo no abría la boca, apenas si miraba al sargento. El sargento hizo un gesto con una mano y el soldado trajo a la mujer, a los empujones, cerca del hombre descalzo.

El sargento gesticuló y habló. El hombre descalzo siguió callado. El sargento hizo otro gesto y de la puerta del caserón salió otro soldado, que se acercó a los niños.

El soldado no tenía más de quince años y a la distancia advertí como un aire de casi afecto en aquel brazo que empujaba a los niños adentro del caserón. El niño mayor lloró ahora en alta voz, y el soldado joven le acarició los cabellos, calmándolo, y desaparecieron dentro del caserón.

Cuando los tres niños ya estaban adentro, el sargento habló nuevamente con el hombre flaco y descalzo. De repente, pegó una rápida patada en las rodillas del muchacho renco, y el muchacho quiso protegerse, como si sus manos estuvieran libres, y perdió el equilibrio y cayó.

El muchacho intentaba levantarse cuando el sargento, de un solo manotazo, abrió en dos el vestido de la mujer. El hombre descalzo no quitó los ojos del rostro del sargento ni por un instante.

El sargento miraba con furia y no decía nada. El teniente, que contemplaba todo a distancia, se acercó. La mujer, indefensa, intentaba encoger el cuerpo, los brazos atados a la espalda, para proteger sus pequeños senos desnudos. El teniente dijo alguna cosa al oído del hombre descalzo.

El muchacho consiguió por fin levantarse y quiso cubrir el cuerpo de la mujer desamparado de la cintura para arriba, y entonces el sargento le dio un empellón y lo derribó otra vez.

El teniente continuaba hablando al oído del hombre descalzo, que miraba el muro. El teniente miró a los dos soldados, hizo un gesto mínimo con la cabeza, y el soldado se aproximó a la mujer por detrás y por detrás la abrazó de un zarpazo y le clavó las manos en los pequeños senos. La mujer se debatió y gritó y el hombre descalzo intentó patear al soldado que la agarraba por detrás, y desde el caserón llegó el grito de un niño.

El teniente gritó alguna cosa y dos soldados se abalanzaron sobre el hombre descalzo y otros dos sobre la mujer.

El teniente dijo:

—Vamos, rápido, vamos de una vez.

Nosotros tres no nos movimos ni dijimos nada. Ni siquiera nos miramos.

Fue todo muy rápido. El hombre descalzo y el muchacho que renqueaba fueron vendados y llevados junto al muro. En ese instante la mujer empezó a gritar y uno de los soldados le tapó la boca con un pedazo de paño marrón, mientras otro se metía dentro del caserón para callar a los niños que también gritaban.

Cuando el hombre descalzo y el muchacho que renqueaba fueron colocados junto al muro, un soldado les cerró las bocas con tiras de paño blanco y después les quitó las vendas de los ojos. El hombre descalzo y el muchacho que renqueaba pudieron ver lo mismo que nosotros estábamos viendo: cómo arrastraban a la mujer al medio del patio. El hombre descalzo lloraba en silencio mientras el sargento penetraba a la mujer. Desde el muro, el muchacho que renqueaba volvió el rostro al suelo.

Cuando salió de la mujer, el sargento sonreía. En el suelo, la mujer todavía intentaba protegerse, la boca cubierta por el trapo marrón, las manos atadas a la espalda. Un soldado la levantó por la cintura, le arrancó los restos de la ropa y la penetró por atrás.

Nosotros tres continuábamos en silencio, pero cuando el soldado levantó a la mujer por la cintura y la penetró por atrás, yo volví el rostro al caserón y sentí que iba a vomitar.

La mujer fue colocada de bruces en el piso y entonces el teniente, que había quedado parado con las manos en la cintura y las piernas abiertas, hizo un gesto de impaciencia y nueve soldados formaron fila frente al muro.

La mujer fue arrastrada, desnuda, junto al hombre descalzo. Alguien la levantó, apoyó su cuerpo contra el muro. Ella temblaba y lloraba y agitaba la cabeza. El hombre descalzo estaba quieto. El cuerpo desnudo de la mujer se escurrió y se sentó sobre el suelo de tierra. Dos de los soldados salieron de la fila y volvieron a levantarla. Entonces ella quedó parada, al lado del hombre descalzo que miraba al frente. El teniente levantó la mano y de repente la mano bajó. Nueve estruendos sonaron como uno.

Los cuerpos quedaron junto al muro. El cuerpo del hombre descalzo se agitó un instante. El cuerpo de la mujer quedó doblado hacia adelante. El sargento se acercó y apoyó su pistola en la nuca del hombre descalzo, pero no disparó. Nunca entendí por qué diablos no disparó. Tocó con la punta de la bota el cuerpo de la joven, que se desplomó de lado.

El teniente nos dijo: "Ahora vámonos, rápido".

Pregunté por los niños. El teniente dijo:

—Después, después. Ahora vaya, bajen rápido.

Uno de mis compañeros insistió:

—¿Y los niños? ¿Qué van hacer con los niños?

El teniente dijo:

—Para ustedes tres, acabó. Esto va a ponerse feo. Ustedes, váyanse. Ya, ya, ya.

Mi compañero, el que había insistido, dijo:

—No acabó, no. Quiero saber de los niños.

Mi compañero se quedó, mientras nosotros dos bajábamos por el camino, acompañados por cuatro soldados. No hablamos nada, mientras bajábamos rápidamente hacia el asfalto donde estaba esperándonos la camioneta.

Esa misma noche, en el hotel, mi compañero nos contó el final de la ceremonia: el menor de los niños había recibido un tiro en la frente; los otros dos, un tiro en la nuca.

El menor de los niños cayó para atrás, los brazos abiertos. El niño que se llamaba Pedro se despidió de los soldados cuando el sargento se acercó con la pistola. Esta vez, el sargento disparó.

Pedro le había dicho al soldado joven:

—Dile que no, dile que no.

Y cuando vio que el sargento apoyaba la pistola en su nuca, dijo apenas:

—Hasta luego.

(1982)

Traducido del portugués por Eduardo Galeano

DAL MASETTO POR DOS

EPITAFIO PARA UN GATO Y SU DOMADORA

El Gato era un tipo taciturno. Le gustaba comer, tomarse algunas botellas en compañía y de vez en cuando montarse a alguna gatita ruidosa. Era descuidado, tenía aspecto hosco y corazón blando. Despertaba afecto en algunos y desconfianza en la mayoría. Había andado bastante por la vida como para saber que no hay nada que no se logre con un poco de voluntad. Pero se ahorraba el trabajo porque pocas cosas le interesaban realmente. Y si de vez en cuando se encontraba ante la posibilidad de una empresa cualquiera, inmediatamente se imaginaba a sí mismo al cabo del triunfo, se veía mirando alrededor y diciéndose que nada había cambiado, así que daba el esfuerzo por hecho y se limitaba a soñar.

Era un vago por vocación. Cualquiera se podía dar cuenta. De todos modos, sin proponérselo, se había forjado un estilo y una personalidad. Y lo que él hubiese calificado como abulia, indiferencia y fundamentalmente un no saber qué hacer con la vida que le había tocado vivir, se revelaba a los ojos de los demás como una curiosa y a menudo interesante actitud existencial. También había tozudez, salvajismo, libertad. Todas cosas inútiles, pero que eran su savia y salvación.

Algo de eso debió ver la Domadora al conocerlo. Era experta en su oficio y le gustó el tácito desafío que significaba el enfrentamiento con el Gato. En cuanto a él, cuando la vio aparecer, hermosa, altiva, látigo en mano (así la vio o la imaginó), sintió que se le renovaba la sangre. Por primera vez se encontró ante un escollo y un estímulo. Una sola mirada les bastó a ambos para saber a quién tenían enfrente. Y ahí nomás se dedicaron a la lenta y firme tarea de destrozarse mutuamente.

Fue una relación turbulenta. Hubo ternuras y violencias sin cuartel. Se amaron y se golpearon todas las veces que pudieron. Rodaron y se levantaron, se humillaron, cualquier sitio era bueno. Y cada vez sacaron a relucir alguna nueva arma escondida, cada vez hirieron con más precisión y destreza. Así que pronto creyeron advertir que no podrían prescindir el uno del otro. Se convencieron de que en el mundo no había nada mejor que ese Gato para esa Domadora, ni nada mejor que esa Domadora para ese Gato. Lo creyeron, lo afirmaron y lo defendieron. Anduvieron de sur a norte y de norte a sur, se separaron y volvieron a juntarse. Y en ese torbellino de días y noches, supieron que pese a las distancias, en las ciudades, en las multitudes, había una sola figura que, cada uno por su lado, reconocía como insustituible.

Pero esa unión sólo podía durar mientras ella se esmerase en su oficio de domar y él se mantuviese indomable. De ese conflicto se alimentaba su amor. Y llegó una época en que las cosas comenzaron a confundirse. La Domadora seguía ensayando variantes de su juego agresivo y el Gato, por descuido, por exceso de confianza, comenzó a andar lento de reflejos. Sin advertirlo, fue aceptando algunas proposiciones, cedió terreno, bajó la guardia. Y poco a poco se encontró tratando de adaptarse a una vida que no le pertenecía. Se fue convirtiendo en algo así como una buena persona, se preocupó, trabajó, se levantó con horario. Por supuesto que tampoco eso lo hacía bien. Y lo único que conservó de su anterior modalidad fue un creciente malhumor.

Aparentemente había sido domado. Pero la derrota de uno significaba irremediablemente la derrota del otro. Y la Domadora también cayó. De pronto hubo algo demencial en su aspecto y en sus actitudes. Su destreza, que había sido un arte, derivó en vicios y caprichos. Siguió esgrimiendo el látigo, pero ya no con el gesto altivo y la exuberancia de la juventud. Los chasquidos ya no produjeron dolor ni placer, ya no eran golpes de vida avasallante y desprejuiciada, sino los reflejos del desgaste y la duda.

El Gato comprendió que parte de ese desconcierto se debía al hecho de que la Domadora ya no tenía ante ella al ser libre y sin destino que él había sido, al rival digno, capaz de asumir, de esquivar, de devolver. Pero fundamentalmente supo que durante todos esos años, para él, la Domadora había sido una diosa. Y que la había aceptado como se acepta a los dioses, así sean arbitrarios, caprichosos, egoístas. Y que esa última visión la despojaba definitivamente de toda divinidad.

Ese fue el descubrimiento más penoso. El Gato sintió que una mano de hierro le arrancaba el estómago. Pensó que había llegado, una vez más la hora de la verdad. Trepó al techo de la casa y pasó la noche ahí, privado de tibieza, de amistad. Esperó al amanecer, aspiró la humedad y la boca se le inundó de un antiguo y duro gusto. Se dijo que tal vez era el momento de comenzar a recuperar las cosas perdidas. Recuperar cosas que en última instancia no eran sino variantes de una confusión obstinada. Pero que también significaban su único y posible alimento. Entonces fue soltando lentamente un maullido grave y prolongado, que no era un grito de guerra, ni un alarde de fuerza, sino apenas la primitiva y espontánea manifestación de su orgullo. Sacudió repetidamente el aire con su quejido, se llenó media docena de veces los pulmones, después se echó, cansado, solo, él y el cielo y la nostalgia y el rigor.

Con su primera novela, *Siete de oro*, Antonio Dal Masetto consiguió escribir una obra inquietante. Años después otra novela, *Fuego a discreción*, confirmó aquel efecto. Después vinieron *Siempre es difícil volver a casa*, otra novela, y *Ni perros ni gatos*, una recopilación de la columna que el escritor publicaba semanalmente en *El Periodista*. Cada uno de esos textos sirvió para que ocupe un lugar importante en la literatura argentina. Estos dos relatos, exclusivos para Página/12, son inéditos.

HISTORIA TONTA

Tres son los protagonistas de esta historia: un sargento del ejército, un soldado, una bala de FAL.

El sargento se llamaba Núñez. No era diferente de otros sargentos y sólo se destacaba por la tenacidad con que, desde hacía años, había emprendido una campaña personal contra todo lo que le oliese a cultura. Tenía sus teorías y estaba dispuesto a exponérselas a cualquiera que quisiese escucharlo. Y a quien no quisiese, también. De eso podían dar testimonio los conscriptos que, siendo estudiantes, tenían la mala suerte de caer en sus manos. Había palabras que al sargento Núñez lo ponían nervioso. Educación, universidad, libros, eran algunas de las más incendiarias. En su imaginación alerta, adquirían un significado análogo a lo que debieron ser los términos herejía y demonio para un inquisidor medioeval. Por lo tanto, actuaba en consecuencia. Y cuando el sargento Núñez se incendiaba convenía no estar cerca.

El soldado Guarini era uno de los tantos conscriptos que en 1982 habían sido llevados a morir a las islas del sur. Lo habían designado como centinela en el cuartel general de Puerto Argentino. Aparentemente, un destino menos cruel y peligroso que otros. Pero nada era fácil. Corrían rumores de que en la isla había ingleses infiltrados. Rodeados de confusión, librados a sí mismos, desprovistos, entre otras cosas, de santo y seña, a los soldados les resultaba imposible saber si el que se acercaba era un compatriota o un enemigo. Así que habían creado su propio sistema de protección. Después de la voz de alto, formulaban dos o tres preguntas sencillas que, suponían, ningún argentino podía ignorar y solamente un argentino podría contestar. Preguntaban, por ejemplo, de qué color era la camiseta de Boca, a qué ciudad se la llamaba el jardín de la república, quién era el zorzal criollo, quién había creado la bandera. A este precario método confiaban la seguridad de sus vidas.

El anochecer en que el sargento Núñez paró el jeep cerca del cuartel general, llovía. Bajó y avanzó en el barro con paso firme hasta que lo detuvo la voz de alto. Frente a él, en la luz escasa, se desdibujaba la figura del soldado Guarini. Después, el sargento oyó la pregunta insólita: "¿Quién fue el prócer sanjuanino que dijo: Bárbaros, las ideas no se matan?" Perplejo, Núñez no contestó. Guarini volvió a gritarle: "¿Qué es Juvenilia: una ciudad, un libro o una montaña?" Nada. Otra pregunta: "¿Cómo se llama el poema gauchesco escrito por José Hernández?" El soldado Guarini tenía, evidentemente, inclinaciones literarias.

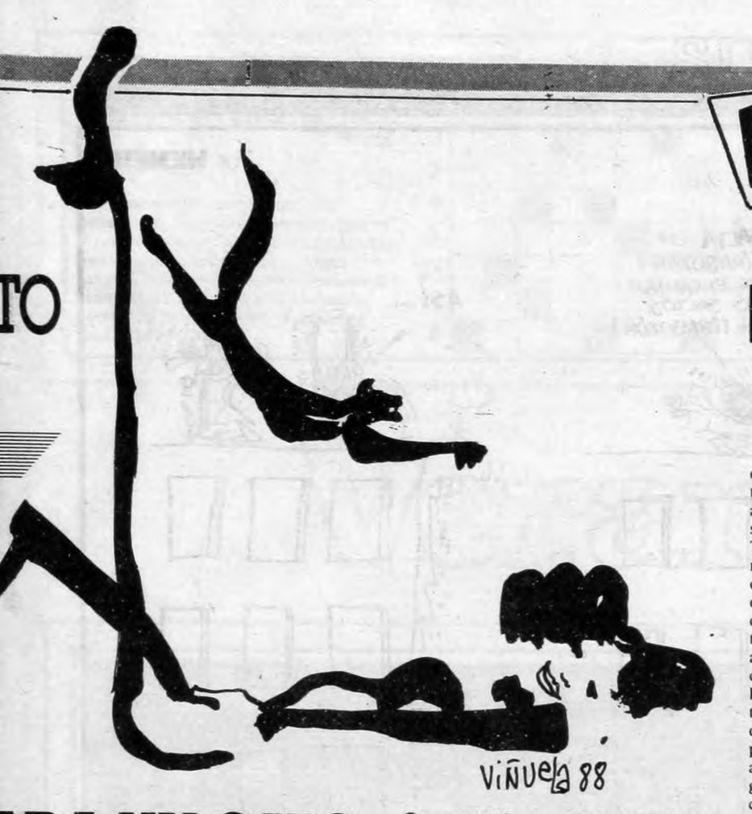
Quieto en la lluvia y en el viento, el sargento callaba. Y, seguramente, no porque desconociese las respuestas. Algo en él se resistía a contestar. Aquel interrogatorio, aquellas preguntas, lo agredían, herían su dignidad. Su mutismo no se debía a ignorancia, sino a una cuestión de principios. Frenado por la obstinación y un viejo odio, el sargento Núñez se mantuvo en silencio. Mientras tanto, Guarini había levantado el arma y apuntaba.

El disparo alcanzó al sargento en la mitad de la frente. La bala penetró hacia el cerebro y ahí inició un minucioso trabajo de destrucción. Arrasó planicies, montes y cavidades, destrozó los laberintos donde se engendran las ideas, los remansos donde sobrevive la infancia, las ondulaciones donde se alimentan y se entrelazan el placer y el dolor, las turbulencias donde vigila la memoria de la especie, los frontales donde estallan las iluminaciones, las arenas donde corre y se desboca la locura, las playas donde se acuñan los nacimientos, los estuarios donde florecen las leyendas, las profundidades donde acecha el miedo, los cráteres donde conspiran las culpas, los pliegues donde dormitan remotas leyes no escritas, las brechas por donde fluyen premoniciones de épocas por venir, los túneles donde se traman los sueños, los pantanos donde borbotean las infamias, las alturas donde germinan la música y la poesía, las vastedades donde relampaguea la libertad, las pistas donde fulguran oscuras señales del destino, los osarios donde blanquean pequeños y grandes crímenes, las caletas donde se reproduce el espíritu aventurero, las islas donde se anula el transcurrir del tiempo, las márgenes donde merodean antiguas y misteriosas meditaciones, los vórtices donde anidan los dioses, los umbrales donde palpitan las esperanzas, el asombro, la piedad, el amor, la voluntad.

Todo eso —y mucho más— hizo la bala antes de desviarse y detenerse junto al oído derecho. Y es probable que el sargento Núñez no se haya enterado de nada.



TO



ARA UN GATO ADORA

mantuviese indomable. De ese conflicto se alimentaba su amor. Y llegó una época en que las cosas comenzaron a confundirse. La Domadora seguía ensayando variantes de su juego agresivo y el Gato, por descuido, por exceso de confianza, comenzó a andar lento de reflejos. Sin advertirlo, fue aceptando algunas proposiciones, cedió terreno, bajó la guardia. Y poco a poco se encontró tratando de adaptarse a una vida que no le pertenecía. Se fue convirtiendo en algo así como una buena persona, se preocupó, trabajó, se levantó con horario. Por supuesto que tampoco eso lo hacía bien. Y lo único que conservó de su anterior modalidad fue un creciente malhumor.

Aparentemente había sido domado. Pero la derrota de uno significaba irremediablemente la derrota del otro. Y la Domadora también cayó. De pronto hubo algo demencial en su aspecto y en sus actitudes. Su destreza, que había sido un arte, derivó en vicios y caprichos. Siguió esgrimiendo el látigo, pero ya no con el gesto altivo y la exuberancia de la juventud. Los chasquidos ya no produjeron dolor ni placer, ya no eran golpes de vida avasallante y desprejuiciada, sino los reflejos del desgaste y la duda.

El Gato comprendió que parte de ese desconcierto se debía al hecho de que la Domadora ya no tenía ante ella al ser libre y sin destino que él había sido, al rival digno, capaz de asumir, de esquivar, de devolver. Pero fundamentalmente supo que durante todos esos años, para él, la Domadora había sido una diosa. Y que la había aceptado como se acepta a los dioses, así sean arbitrarios, caprichosos, egoístas. Y que esa última visión la despojaba definitivamente de toda divinidad.

Ese fue el descubrimiento más penoso. El Gato sintió que una mano de hierro le arrancaba el estómago. Pensó que había llegado, una vez más la hora de la verdad. Trepó al techo de la casa y pasó la noche ahí, privado de tibieza, de amistad. Esperó al amanecer, aspiró la humedad y la boca se le inundó de un antiguo y duro gusto. Se dijo que tal vez era el momento de comenzar a recuperar las cosas perdidas. Recuperar cosas que en última instancia no eran sino variantes de una confusión obstinada. Pero que también significaban su único y posible alimento. Entonces fue soltando lentamente un maullido grave y prolongado, que no era un grito de guerra, ni un alarde de fuerza, sino apenas la primitiva y espontánea manifestación de su orgullo. Sacudió repetidamente el aire con su quejido, se llenó media docena de veces los pulmones, después se echó, cansado, solo, él y el cielo y la nostalgia y el rigor.

Con su primera novela, *Siete de oro*, Antonio Dal Masetto consiguió escribir una obra inquietante. Años después otra novela, *Fuego a discreción*, confirmó aquel efecto. Después vinieron *Siempre es difícil volver a casa*, otra novela, y *Ni perros ni gatos*, una recopilación de la columna que el escritor publicaba semanalmente en *El Periodista*. Cada uno de esos textos sirvió para que ocupe un lugar importante en la literatura argentina. Estos dos relatos, exclusivos para Página/12, son inéditos.

HISTORIA TONTA

Tres son los protagonistas de esta historia: un sargento del ejército, un soldado, una bala de FAL.

El sargento se llamaba Núñez. No era diferente de otros sargentos y sólo se destacaba por la tenacidad con que, desde hacía años, había emprendido una campaña personal contra todo lo que le oliese a cultura. Tenía sus teorías y estaba dispuesto a exponérselas a cualquiera que quisiese escucharlo. Y a quien no quisiese, también. De eso podían dar testimonio los conscriptos que, siendo estudiantes, tenían la mala suerte de caer en sus manos. Había palabras que al sargento Núñez lo ponían nervioso. Educación, universidad, libros, eran algunas de las más incendiarias. En su imaginación alerta, adquirían un significado análogo a lo que debieron ser los términos herejía y demonio para un inquisidor medioeval. Por lo tanto, actuaba en consecuencia. Y cuando el sargento Núñez se incendiaba convenía no estar cerca.

El soldado Guarini era uno de los tantos conscriptos que en 1982 habían sido llevados a morir a las islas del sur. Lo habían designado como centinela en el cuartel general de Puerto Argentino. Aparentemente, un destino menos cruel y peligroso que otros. Pero nada era fácil. Corrían rumores de que en la isla había ingleses infiltrados. Rodeados de confusión, librados a sí mismos, desprovistos, entre otras cosas, de santo y seña, a los soldados les resultaba imposible saber si el que se acercaba era un compatriota o un enemigo. Así que habían creado su propio sistema de protección. Después de la voz de alto, formulaban dos o tres preguntas sencillas que, suponían, ningún argentino podía ignorar y solamente un argentino podría contestar. Preguntaban, por ejemplo, de qué color era la camiseta de Boca, a qué ciudad se la llamaba el jardín de la república, quién era el zorzal criollo, quién había creado la bandera. A este precario método confiaban la seguridad de sus vidas.

El anochecer en que el sargento Núñez paró el jeep cerca del cuartel general, llovía. Bajó y avanzó en el barro con paso firme hasta que lo detuvo la voz de alto. Frente a él, en la luz escasa, se desdibujaba la figura del soldado Guarini. Después, el sargento oyó la pregunta insólita: "¿Quién fue el prócer sanjuanino que dijo: Bárbaros, las ideas no se matan?" Perplejo, Núñez no contestó. Guarini volvió a gritarle: "¿Qué es Juvenilia: una ciudad, un libro o una montaña?" Nada. Otra pregunta: "¿Cómo se llama el poema gauchesco escrito por José Hernández?" El soldado Guarini tenía, evidentemente, inclinaciones literarias.

Quieto en la lluvia y en el viento, el sargento callaba. Y, seguramente, no porque desconociese las respuestas. Algo en él se resistía a contestar. Aquel interrogatorio, aquellas preguntas, lo agredían, herían su dignidad. Su mutismo no se debía a ignorancia, sino a una cuestión de principios. Frenado por la obstinación y un viejo odio, el sargento Núñez se mantuvo en silencio. Mientras tanto, Guarini había levantado el arma y apuntaba.

El disparo alcanzó al sargento en la mitad de la frente. La bala penetró hacia el cerebro y ahí inició un minucioso trabajo de destrucción. Arrasó planicies, montes y cavidades, destrozó los laberintos donde se engendran las ideas, los remansos donde sobrevive la infancia, las ondulaciones donde se alimentan y se entrelazan el placer y el dolor, las turbulencias donde vigila la memoria de la especie, los frontales donde estallan las iluminaciones, las arenas donde corre y se desboca la locura, las playas donde se acuñan los nacimientos, los estuarios donde florecen las leyendas, las profundidades donde acecha el miedo, los cráteres donde conspiran las culpas, los pliegues donde dormitan remotas leyes no escritas, las brechas por donde fluyen premoniciones de épocas por venir, los túneles donde se traman los sueños, los pantanos donde borbotean las infamias, las alturas donde germinan la música y la poesía, las vastedades donde relampaguea la libertad, las pistas donde fulguran oscuras señales del destino, los osarios donde blanquean pequeños y grandes crímenes, las caletas donde se reproduce el espíritu aventurero, las islas donde se anula el transcurrir del tiempo, las márgenes donde merodean antiguas y misteriosas meditaciones, los vórtices donde anidan los dioses, los umbrales donde palpitan las esperanzas, el asombro, la piedad, el amor, la voluntad.

Todo eso —y mucho más— hizo la bala antes de desviarse y detenerse junto al oído derecho. Y es probable que el sargento Núñez no se haya enterado de nada.



LOS MONJITOS

Por **HENFIL**

¡VOY A SUICIDARME! EL MUNDO ES DEMASIADO CRUEL Y FRÍO PARA LA DIMENSIÓN DE MI AMOR...

¡SALTÁ EN TIRABUZÓN! ¡ME ENCANTAN LOS SALTOS EN TIRABUZÓN!

ASÍ...

Henfil

GARAY EDICIONES

JUEGOS

26 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	T				
2					
3					
4					
5	M				
6					
7					
8					
9	C				

DEFINICIONES

1. Pastel.
2. Pastel relleno.
3. Nombre de mujer.
4. Señal.
5. Sin brazo o mano (fem.).
6. Ropa de abrigo en la cama.
7. Capa larga.
8. Que no es bravo.
9. Harto, fastidio.

26 "LA SOPA DEL 7"

```
O R Y D O V C F A O
A N V U L U I T L E
I T J E I R E D A Y
M T E G V N G A S E
A E C M A I L S T N
E H L L O L M E E C
I C P O E C A A R R
S E L R L T E X O Z
B C T I I R A V I A
O S L B P R A N D A
E A R O D S I R E O
C O M A S F E R N A
N K T E R I A N M O
```

Encuentre los nombres de 7 términos de astronomía que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

26 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
2	0	4	3	0	3
4	1	0	2	0	2
6	3	8	1	2	0
7	2	3	0	0	2

				B	R
				4	0
4	3	5	8	2	0
4	6	0	5	0	2
6	0	9	1	1	0
7	9	8	1	2	0

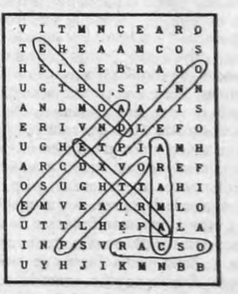
SOLUCIONES

25

"TRANSFORMACION"

RASGO
RANGO
MANGO
MANGA
TANGA
TANTA
TONTA
TINTA
PINTA

"LA SOPA DEL 7"



```
V I T M N C E A R O
T E H E A A M C O S
H E L S E B R A O O
U G T B U S P I N N
A N D M O A A A I S
E R I V N D L E F O
U G H E T P I A M H
A R C D X V O R E F
O S U G H T T A H I
E M V E A L R M L O
U T T L H E P A L A
I N P S V R A C S O
U Y H J I K M N B B
```

"NUMERO OCULTO"

1. 3519
2. 5723